

preceptos; conócese á tí mismo: *Nosce te ipsum*. Lo repetiré á mi auditorio. Cristianos, conozcámonos á nosotros mismos, acordémonos con frecuencia, que somos hijos de Jesús, que hemos sido investidos de una grandeza superior á todas las dignidades humanas, que nos asocia á la augusta Trinidad. Si á este título van unidas obligaciones sagradas, obligaciones que hemos jurado cumplir, también se derivan de él grandes ventajas. Huyamos del pecado, que nos envilece y deshonra á los ojos de nuestro Padre y á nuestros propios ojos. Sirvamos á Jesucristo con libertad, con confianza, con amor; imitemos sus admirables virtudes, y despreciemos las recompensas terrenales, esperémoslo todo de la bondad divina, que acoge generosamente al pecador, que perdona ante el arrepentimiento, y que nos asegura la posesion de imperecederos bienes. En la casa del rico se ve á los hijos orgullosos de su futura herencia. En el torbellino de los negocios, millones de envidiosos aspiran á poseer brillantes fortunas, y desprecian los bienes legados por Jesucristo. Contentémonos nosotros con el pan cotidiano y con la salud que lo gana; pero arrojémonos sobre los tesoros del Salvador para saciarnos de ellos, embriaguémonos con su palabra, con su espíritu, con su gracia, con la fecundidad de sus sacramentos, la luz bendita de sus misterios y los suaves perfumes que despiden los instrumentos de su martirio. Devolvámosle amor por amor; no imitemos á esos niños perdidos por las locas caricias de sus padres, porque si éstos no tienen la mano bastante enérgica para corregir á su familia emancipada, el Salvador, sin dejar de ser un padre lleno de ternura, nos castigaria rudamente. Evitemos provocarle á tan terribles medidas, y, á este fin, obedezcamos á nuestros pastores, amémosles, porque su palabra y su amor son la palabra y el amor de Jesucristo. Nuestros pastores son guías seguros para llegar al cielo, donde el Padre divino espera á sus hijos para bendecirlos y recompensarlos eternamente. Amen.

FORTALEZA.

Deus dabit virtutem et fortitudinem plebi suæ.
Dios dará virtud y fortaleza á su pueblo.

(PSALM. LXVII, 36.)

La fortaleza es una virtud de que no puede prescindir el buen cristiano. El que está dotado de esta virtud, mira con desprecio todas las cosas terrenas, no suspira por otros bienes que los imperecederos; domina su amor propio, subyuga sus pasiones, tolera y deplora con ánimo tranquilo la adversidad, los trabajos y todo género de infortunios; y sigue con constancia la virtud, venciendo todas las dificultades que se le pueden oponer, para que no alcance lo perfecto que en ella se encuentra. Al contrario, al que no está dotado de esta virtud basta, para desanimarle, una pequeña desgracia, la más insignificante contradicción, cualquier infortunio. De aquí nacen los pesares, las melancolías y la desesperacion en que se pasa nuestra vida; de aquí el desasosiego que nos agita, que nos desconsuela, que nos impide atender á nuestras más esenciales obligaciones; que nos inspira mortales disgustos para los más santos ejercicios de la piedad, que casi nos imposibilita elevarnos á Dios, que hace titubear hasta los fundamentos de nuestra fé, y que nos induce á creer; no solo que Dios nos abandona, sino también hasta dudar si hay una Providencia que todo lo gobierne; no considerando, y por estar ciegos, no viendo, que por este mismo motivo debemos convencernos, de que la divina Providencia vela sobre nosotros, como quiera que las persecuciones y las cruces son el material precioso que debe formar nuestra corona.

El reino de Dios es un reino, que solo puede conseguirse por la violencia propia. Y ¿qué violencia se hacen hoy los cristianos? En los primeros siglos de la Iglesia, la fortaleza cristiana triunfó de la barbarie y de la inhumanidad; y hoy, que los cristianos solo tienen que luchar contra sí mismos, son vencidos todos los dias por la delicadeza y las dulzuras de la vida. La ociosidad los debilita, la prosperidad los relaja, el placer los encanta; no saben resistir al pecado, ni emprender obra alguna buena. Preciso es confesar, por más que nos cause rubor, que, en nuestros dias, se ignora lo que es la fortaleza cris-

tiana. De esta virtud, sin la cual no podemos gloriarnos de ser verdaderos cristianos, voy á hablaros, pues, en este discurso. Os explicaré en qué consiste, cuánto la necesitamos para triunfar de nuestros enemigos, y cómo podemos alcanzarla. Imploramos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. La virtud santa de la fortaleza consiste en un medio prudente, entre la temeridad ó la osadía, y el temor ó la cobardía. Por un excesivo temor dejamos de emprender las obras de la virtud y de abandonar el vicio; pues, cediendo á la fuerza del hábito, que hemos contraído, nos parece imposible vencernos, derrotando á los enemigos que nos combaten, y consiguiendo el triunfo sobre su excesiva resistencia. Semejante conducta con razon se califica de tímida y pusilánime con exceso; pues no se nos oculta, que tenemos en nosotros mismos, con los auxilios del cielo, fuerzas sobradas para hacer frente á tan terribles adversarios. Y así como llamaríamos cobarde al soldado, que, sabiendo que sus fuerzas son superiores á las de su contrario, sin embargo, se dejase vencer, así, no ménos debemos tener por tímido al cristiano, que, sabiendo que Dios nó ha de permitir contra nosotros tentaciones superiores á nuestras fuerzas, se deja, sin embargo, vencer vergonzosamente por sus pasiones y el demonio, por no tener ánimo para resistirles. Semejante cobardía se opone á la fortaleza cristiana, con la cual resistimos valerosamente á los enemigos de nuestra salvacion, sin que jamás nos intimiden sus lazos y asechanzas.

No se opone ménos á esta virtud la temeridad ó la osadía, por la cual nos arrojamus á empresas muy peligrosas, sin que para ello tengamos el auxilio necesario. El varon fuerte no teme el peligro cuando está obligado á arrostrarlo; pero se retira siempre que lo exigen las circunstancias y lo ordena la prudencia. San Juan Crisóstomo admirábase de este título, que puso el real Profeta al salmo tercero: *Psalmus David, cum fugeret à facie Absalom filii sui*: Salmo de David, cuando iba huyendo de su hijo Absalon. Se erigen estatuas, dice este santo doctor (IN PSALM. III), á los vencedores para inmortalizar la gloria de sus victorias. Se cantan himnos en loor de los grandes capitanes, que murieron en defensa de su pátria; pero ¿cuándo se han entonado cánticos en alabanza del que huye del peligro, y para enaltecer la cobardía? Sin embargo, el mismo santo reconoce aquí uno de los actos más heróicos de la fortaleza de David. Veia cansado y debilitado su ejército; veia lleno de poder y de fuerza irresistible á su hijo; conocia que iba á exponer su vida en el combate, y que, aún cuando saliera victorioso, causaria su victoria la rui-

na de su hijo, á quien tiernamente amaba; por eso espera oportunidad para traerle á su reconciliacion sin tantos peligros; huye y se retira con prudencia, para acometer en otra ocasion con verdadera y heroica fortaleza.

Así obraron tambien los santos; vencieron á sí propios, reprimiendo los movimientos de sus pasiones; pero huyeron en tiempo de persecucion, porque así les pareció conveniente para obrar con prudencia. San Atanasio y san Cirilo se ocultaron, é hicieron elocuentes apologías de su fuga. San Jerónimo aprueba la huida de san Pablo, primer ermitaño, en tiempo de persecucion. San Agustin defiende la de san Pablo apóstol, que en Damasco se salvó en una espuerta descolgada por la muralla. Finalmente, el mismo Jesucristo, evitó con la fuga los golpes de sus enemigos, no por temor, dice S. Agustin (TRACT. XLIX, IN JOAN), sino para dar ejemplo á sus discípulos, y enseñarles, que no le ofenderian, si, consultando á su debilidad, se librasen con la fuga del furor de sus enemigos.

2. Ya, pues, que la fortaleza destruye estos dos viciosos extremos, resulta que por ella se le quita al temor el que se guarde más de lo que es razon, y á la temeridad, que no se aventure más de lo que debe; entrando en el medio esta admirable virtud, á fin de que el tímido se anime á vencer los peligros sin dificultad, y el osado sufra y tolere hasta que llegue la ocasion oportuna. El ejercicio de esta virtud nos es necesario para sufrir con resignacion los males de esta vida, para reprimir los malos instintos, para perdonar las ofensas, y para emprender lo más árduo y difícil que nos ofrecen las virtudes. Pues no consiste la fortaleza en conquistar ciudades y reinos poderosos, ni en derribar castillos muy fortificados y bien defendidos, ni en echar á pique las más bien ordenadas escuadras; sino en vencerse el hombre á sí mismo, en subyugar sus pasiones, reducir á cautiverio la libertad de sus potencias y sentidos, y emprender el heroismo de las virtudes.

La vida es amargura y lágrimas. Este es nuestro destino en la tierra: trabajos, tribulacion, miserias, dolores, muerte: destino expiatorio, destino terrible, destino perpétuo del linaje humano, de que no puede evadirse en su peregrinacion por la tierra. Para tantos dolores, para tantos trabajos, para tantas tristezas, para tanto sufrimiento, necesitamos fortaleza. A la caña ó al junco, en la corriente de los rios, los sostiene su raiz contra el continuo movimiento de las aguas: al hombre, colocado en la corriente de las impetuosas aguas de la tribulacion, ha de sostenerle la fortaleza. No hay en nuestra vida un instante siquiera en que podamos decir: no sufro. Ni una sola vez, al

cerrar los ojos para dormirnos, podemos decir: no he sufrido ni temido hoy un nuevo mal. No hay una alegría, un placer, una fiesta, en que podamos decir: mi corazón está satisfecho. Luego, así como necesitamos el sustento para vivir, hemos menester también la fortaleza para soportar la vida. Sin el sustento, muere el hombre: sin la fortaleza, no puede el hombre vivir. Por nuestro propio interés, por el interés de pasar una vida menos desgraciada, debemos adquirir la virtud de la fortaleza, y, conservándola, podemos decir, que, en cierto modo, poseemos todos los bienes.

En efecto, si atentamente consideramos cuál es la causa de nuestras imperfecciones y de nuestros males, hallaremos que, de un modo ó de otro, directa ó indirectamente, lo es nuestro amor propio, que herido y exaltado al vernos nosotros mismos sin salud y sin bienes, hace más amargas nuestras desgracias, y envenena la punta del puñal que introduce la adversidad en nuestro corazón. Si con la fortaleza nos acostumbramos á soportar resignadamente los males y las adversidades, estas mismas adversidades y estos males amortiguan el amor propio, y quitan mucho de su intensidad á los dolores y aflicciones de nuestra vida. Además, refrenado el amor propio, no hay en nosotros ni tanta soberbia, ni tanta susceptibilidad, y, por consiguiente, no hay tanta sensibilidad. Es decir, que con la fortaleza, no solo soportamos más fácilmente los males, sino que los disminuimos, así en número como en intensidad.

De tanta importancia es esta virtud, que sin ella no puede subsistir ninguna otra. La humildad no es verdadera, si no sobrelleva los oprobios y desprecios; y para soportar los desprecios se necesita mucha fortaleza. No puede ser verdadera virtud la pobreza, si no se acomoda con gusto á la miseria, al hambre, á la sed y otras privaciones; y ¿qué caudal de fortaleza no se necesita para tolerar todo esto, no diré con resignación, sino con gusto? Ni aún puede ser verdadera la caridad, si no tolera las flaquezas del prójimo, y si no ama á los enemigos; y ¿cuánta fortaleza no se necesita para temprar la ira, refrenar la lengua, á fin de que no hable mal de quien le ha ofendido, y para hacer bien, y hasta rogar por los que nos persiguen? Job, soportando con paciencia los insultos de los ismaelitas, los de su propia mujer y los de sus amigos, me parece mucho más fuerte que Sansón al vencer á los filisteos. José, sufriendo con resignación el odio y desprecios de sus hermanos, y la calumnia de la mujer de Putifar, fué, sin duda, más fuerte que al subyugar con su constancia y sabiduría á Faraón y todo Egipto. David fué más fuerte venciendo la envidia de Saul, que derribando al suelo á Goliat.

Muéstrase lo que es un hombre por la fortaleza en los trabajos que le afligen. Los sábios y los héroes no se darian á conocer como tales, ó dejarían de merecer esos gloriosos nombres, si, en el día de la prueba, su fortaleza no se mostrase superior á sus propias desgracias. Los mártires y los santos, con la fortaleza que demostraban en medio de los tormentos, dieron á conocer la divinidad de la doctrina que profesaban, y por la cual morían. Viéndolos el mundo alegres y serenos, en medio de los más horribles tormentos á que se les sometía, dedujeron, que no podía menos de ser divina la fé que les comunicaba tanta fortaleza.

El cristiano debe darse á conocer como tal, por la fortaleza que muestra en los trabajos y adversidades. En la historia romana leemos, que Cayo Mucio fué apresado por los soldados del rey Porsena que sitiaba á Roma. Conducido ante el tribunal que había de juzgarle, por el delito de haber asesinado al secretario del rey, creyendo que era el rey mismo: «Soy ciudadano romano, fué lo primero que respondió, y es propio de romanos el hacer y sufrir cosas grandes.» *Facere et pati fortia, romanorum est.* Si, pues, era propio de los romanos el hacer cosas grandes, y sufrir grandes conflictos por su patria, aún es más propio de cristianos el hacer grandes cosas y sufrir mucho por alcanzar la gloria.

No nos empeñemos en huir de los padecimientos y trabajos; ellos vendrán á buscarnos. Padeciendo, hemos de ganar la gloria. Los trabajos y las cruces son el oro con que compramos la eterna dicha; ¿quién, pues, no querrá padecer para sacar del padecimiento tanto provecho? Mas, para sobrellevar con heroísmo los padecimientos, necesitamos la virtud de la fortaleza. Trabajemos, pues, para adquirirla ya que la hemos menester en todo tiempo, en toda ocasión, á todas horas y en todo instante; pidámosla con frecuencia al Señor; pidámosla con confianza, con fervor, con humildad y perseverancia, y se nos concederá. Dios no puede menos de proporcionar grandes auxilios á los que tiene destinados para grandes fines; y pidiendo á nuestra naturaleza flaca y corrompida triunfos contra la corrupción, y resignación en los trabajos, no puede menos de concedernos la fortaleza. Pero quiere que se la pidamos por medio de la oración; pedídsela, pues, y estad seguros que con los grandes auxilios que se os dispensarán, sufrireis con resignación las adversidades y tribulaciones, saldéis triunfantes de todo peligro y tentación, y alcanzareis la eterna dicha, que á todos os deseo.

DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

FORTALEZA DE LOS CRISTIANOS.—Trae origen de la debilidad en que nos deja sumidos el vicio.

Aumenta con la violencia que nos hacemos.

Se perfecciona por medio de la resignacion que mostramos en las adversidades.

FORTALEZA DE LOS CRISTIANOS.—Los hace arrojados, sin menoscabo de la circunspeccion que debemos mostrar en los peligros.

Los hace austeros, sin desposeerles de la compasion que deben tener á su prójimo.

Los convierte en defensores incorruptibles de la fé, sin mengua de la sumision que deben tener á sus superiores.

FORTALEZA DE LOS MUNDANOS.—Los vuelve incansables en el ejercicio del pecado.

Les dá ocasion de oprimir á los débiles.

Les hace olvidar la necesidad que tienen de los auxilios de Dios.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

<i>Fortitudo mea, et laus mea Dominus.</i> Exod. xv, 2.	El Señor es la fortaleza mia, y el objeto de mis alabanzas.
<i>Oculi Domini contemplantur universam terram, et præbent fortitudinem his, qui corde perfecto credunt in eum.</i> II Paral. xvi, 9.	Los ojos del Señor están contemplando toda la tierra, y dan fortaleza á los que creen en él con perfecto corazon.
<i>Factus es (Domine) fortitudo pauperi, fortitudo egeno in tribulatione sua.</i> Isai. xxv, 4.	Tú has sido (oh Señor) fortaleza para el menesteroso en su tribulacion.
<i>Expecta Dominum, viriliter age: et confortetur cor tuum, et sustine Dominum.</i> Psalm. xxvi, 14.	Aguarda al Señor, y pórtate varonilmente: cobre aliento tu corazon, y espera con paciencia al Señor.
<i>Fortitudinem meam ad te custodiam, quia Deus sustinator meus es.</i> Psalm. lviij, 10.	En tí he depositado mi fortaleza; pues tú eres, ¡oh Dios! el defensor mio.

Si Deus pro nobis, quis contra nos? Rom. viij, 31.

In omnibus tribulationem patimur, sed non angustiamur: aporiamur, sed non destituimur: persecutionem patimur, sed non derelinquimur. II Cor. iv, 8 et 9.

De cætero, fratres, confortamini in Domino, et in potentia virtutis ejus. Ephes. vi, 10.

Scio... et satiari, et esurire, et abundare, et penuriam pati: omnia possum in eo, qui me confortat. Philip. iv, 12, 13.

Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros?

Nos vemos acosados de toda suerte de tribulaciones, pero no por eso perdemos el ánimo: nos hallamos en grandes apuros, mas no desesperados: somos perseguidos, mas no abandonados.

Por lo demás, hermanos míos, confortaos en el Señor, y en su virtud *todo* poderosa.

Estoy hecho á todo... á tener hartura, y á sufrir hambre, á tener abundancia, y á padecer necesidad: todo lo puedo en aquel que me conforta, *esto es, en Cristo.*

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

La fortaleza, propiamente dicha, es una virtud, que nos impele á rechazar con denuedo todo lo que se opone á la recta razon, al cumplimiento de la ley, y, por consiguiente, á la consecucion de nuestra salvacion eterna; despreciando todos los halagos, promesas, amenazas, peligros, y aún la muerte misma. Como tal, la fortaleza es un don de Dios, y nos hace fuertes para el bien. La fortaleza que nos hace arrojados para el mal, debe más bien llamarse osadía y temeridad. En efecto: cuando Cain mató á Abel, suponemos que aquél tuvo más fuerza que éste; pero ¿habrá quien califique éste horrible atentado como un acto de virtud, de fortaleza? Ciertamente no: y efectivamente, vemos que allí acabó la fortaleza de aquel infeliz, porque, oprimido por el peso de la maldicion divina, anduvo siempre prófugo y pavoroso hasta su muerte.

La verdadera fortaleza la vemos en Abraham, respecto á la práctica de sus heroicas virtudes. La admiramos en este santo patriarca, cuando al saber que su sobrino Lot habia sido llevado injustamente cautivo con su familia y todos sus bienes por los ejércitos enemigos, reúne sus dependientes, marcha contra una fuerza muy superior á la suya, la dispersa, la destruye, y recobra, junto con los prisioneros, todo el botin que el enemigo habia acopiado (GENES. xiv).

El Espíritu Santo alaba la fortaleza ó valor de David, porque en edad temprana despedazaba los leones, jugaba con los osos como si

fueran corderillos, y porque mató al gigante Goliat en el nombre del Señor de los ejércitos (Eccli. XLVII). Pero mucho más le alaba por el temple de su corazón, por sus heroicas virtudes y por la penitencia con que supo humillar su cuerpo y su corazón criminal.

Véase la constancia ó fortaleza que manifestaron, en vista de los mayores peligros, Matatías y sus hijos (I MACHAB. II y sig.), Eleázaro (II MACHAB. VI), y los siete hermanos Macabeos (IBID, VII).

Véase también la fortaleza que los apóstoles tuvieron delante de los tribunales y en medio de los mayores peligros y tormentos. De ellos, dice el sagrado texto, que *ibant gaudentes à conspectu concilii, quoniam digni habiti sunt pro nomine Jesu contumeliam pati* (ACTOR. V).

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Non mediocris animi est fortitudo, que sola defendit ornamenta virtutum omnium, et justitiam custodit: que inexpiabili praelio adversus omnia vitia decertat, invicta ad labores, fortis ad pericula. S. Ambros. lib. 1 de offic.

Stultus ut luna mutatur. Sapiens enim non metu frangitur, non potestate mutatur, non attollitur prosperis, non tristibus mergitur. Ubi enim sapientia, ubi virtus est, ibi constantia et fortitudo. Idem, in Epist. ad Simplic.

Justi et fortis viri est, nec adversis frangi, nec prosperis sublevari; sed in utroque esse moderatus. S. Hieron. super Joel.

Sicut continens vita, labor,

Es propia de una alma grande la fortaleza, que sirve de escudo á todas las virtudes, y observa rectamente la ley; que por medio de un continuo combate resiste á todos los vicios, es invencible en los trabajos é imperturbable en los peligros.

El necio cambia como la luna. El hombre prudente no se acobarda por el temor, no se muda por el influjo del poder, no se exalta en la prosperidad, ni desalienta en la adversidad. Allí pues donde hay la sabiduría y la virtud, hay también constancia y fortaleza.

Es propio del varón justo y constante, el no desmayar en la tribulación, ni enorgullecerse en la prosperidad, sino poseer, en ambos casos, una perfecta igualdad de ánimo.

Así como tenemos por justo y

perseverantia, et agonum certamina faciunt unumquemque virum virtutis appellari; sic è contrario vita remissa, negligens et ignava, facit virum ignavum judicari. Orig. in lib. Num. com. 25.

Qui vera virtute fortis est, nec temere audet, nec inconsulte timet. S. August. in Epist. ad Hieron.

Fortitudo justorum est, carnem vincere, propriis voluntatibus contraire, delectationem vite presentis extinguere, hujus mundi aspera pro æternis præmiis amare, adversitatis metum in corde superare. S. Greg. lib. 8 Moral.

Non est vir fortis, cui non crescit animus in ipsa rerum difficultate. S. Bern. in Epist.

fuerte al hombre, que vive en la continencia, en la perseverancia y en el trabajo, por más que sea tentado; al contrario, miramos como inconstante y perezoso al que lleva una vida ociosa, descuidada y afeminada.

El que está dotado de una fortaleza verdadera, ni es temerariamente osado, ni ridículamente medroso.

La fortaleza de los justos consiste en domar la carne, en contrariar la propia voluntad, en matar la afición á esta vida caduca, en amar las penas de este mundo como prenda de la eterna gloria, en sobreponerse al miedo de las persecuciones.

No es varón fuerte el que no manifiesta más constancia á proporcion que se aumentan los obstáculos.

FRAGILIDAD.

Fortitudo vestra favilla stuppæ.

Vuestra fortaleza será igual á la pavesa de la estopa arrimada á la lumbre.

(ISAÍ. I, 31.)

Basta y sobra, hermanos míos, la propia experiencia, para persuadirnos de la suma debilidad del hombre, y de la gran dificultad que encuentra en conservarse en el estado de la gracia. El germen de la concupiscencia nos inclina de continuo al mal, y tiene á su disposición otros tantos auxiliares, que trabajan de consuno para perdernos, cuantas son nuestras propias pasiones. No hay un momento siquiera